

por el hambre y la intemperie durante el naufragio, ó á manos de los caníbales habitantes de la isla, donde cayó en manos de un poderoso cacique, que aunque le perdonó la vida, le trató al principio con gran dureza. Al fin su paciencia y singular humildad ablandaron el rigor del cacique, que aun invitaba á Aguilar á que se casase con una de las mujeres de aquella tierra, lo cual rehusó aquel en cumplimiento de sus votos. Tan admirable constancia llegó á excitar las sospechas del cacique, quien sometió "la virtud del eclesiástico á pruebas severísimas, y muchas de ellas de la misma clase que las tentaciones con que dicen que el diablo asaltaba á San Antonio."¹ Mas él consiguió salir como lo hizo su evangélico predecesor, ileso é inmaculado. La continencia es una virtud demasiado rara y difícil entre salvajes, para no conciliarse con ella la veneracion; así es que ha sido mas de una vez título de santidad en el Nuevo y en el Antiguo mundo. Aguilar estaba encargado de la hacienda del cacique y del cuidado de sus numerosas concubinas. Era hombre no solo virtuoso, sino discreto, y sus consejos habian sido útiles tantas veces, que se le consultaba en todos los negocios de

1 Herrera las enumera con una minuciosa prolijidad, que tiene por lo menos el mérito de ser una apología mucho mas completa de las virtudes de Aguilar, que las áridas generalidades del texto. (Historia general, Década 2, caps. 6, 8.) Su historia ha sido bellamente contada por Washington Irving en sus «Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon,» (Londres, 1833), pág. 263 y siguientes.

importancia. En suma, Aguilar era entre los indios un grande hombre.

No causó, pues, poco sentimiento al cacique acceder á las propuestas que los españoles le hacian para rescatarlo, y ciertamente nunca hubiera consentido en ello, á no ser por el rico rescate de cuentas de vidrio, campanas y otras joyas de la misma valía que le enviaron en rescate. Cuando Aguilar llegó á la costa fué tan tarde, que los bergantines ya se habian hecho á la vela, de manera que solo al feliz regreso de la flota á Cozumel, debió la dicha de alcanzarlos.

Al presentarse ante Cortés el pobre hombre, le saludó al estilo indio, tocando la tierra con la mano y llevando despues ésta á la cabeza. El comandante le alzó, le abrazó afectuosamente y le envolvió en su misma capa, pues Aguilar iba en el sencillo trage que usan los indios de aquella tierra, el cual es un poco indecente á los ojos de un europeo. Pasó, pues, mucho tiempo para que olvidase los hábitos que habia adquirido en medio de la libertad selvática, y para que se volviese á someter á las trabas y artificios que tanto en el vestido como en el trato, introduce la civilizacion. Su larga residencia en el país le habian familiarizado con la lengua *maya*, dialecto propio de Yucatán; así es que luego que empezó á recordar su lengua materna, comenzó á ser de gran utilidad como intérprete. Cortés vislumbró desde el

principio el provecho que iba á sacar de él; pero no calculó todas las consecuencias de semejante adquisición.¹ Concluidos los reparos de los buques, volvió por segunda vez el comandante español á abandonar aquellas playas amigas, y se hizo á la vela el 4 de Marzo. Acercándose cuanto era posible á la costa, doblaron el cabo Catoche; atravesaron á toda vela por la vasta bahía de Campeche, guarnecida con los ricos bosques de palo de tinte que desde entonces ha formado uno de los primeros artículos de comercio con Europa. Pasaron por Pontonchan, donde Córdoba había sido recibido tan duramente por los indios; y á poco tiempo despues llegaron á la desembocadura del rio de Tabasco ó de Grijalva, en donde había hecho este navegante el lucrativo tráfico de que ya hemos hablado. No obstante que Cortés no perdía de vista el grande objeto de su viaje, que era visitar el territorio azteca, deseaba conocer las riquezas de aquel país, y resolvió subir el rio y visitar la gran ciudad que estaba á sus orillas.

Había tan poca cala, á causa del depósito de arena en la boca del rio, que el comandante se vió obligado á dejar anclados sus buques á la entrada de éste, embarcándose en canoas con solo una par-

¹ Camargo, Historia de Tlaxcala, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1. Martir de Insulis, pág. 347. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 29. Carta de Veracruz, MS. Las-Casas, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, caps. 115, 116.

te de las fuerzas. Las riberas estaban abundantemente cubiertas de plantas acuáticas, cuyas raíces, enlazándose entre sí, formaban una especie de red impenetrable, al traves de la cual se delineaban las siniestras formas de los indios que andaban de acá para acullá haciendo gestos y ademanes amenazadores. Cortés, admirado de encontrar una acogida tan hostil y tan diversa de la que con fundadas razones aguardaba, no siguió adelante sino con gran precaucion. Al llegar á un lugar descubierta, donde había reunidos gran número de indios, les pidió por medio de su intérprete que le permitiesen llegar á tierra; pero los indios, blandiendo sus armas, le respondieron con ademanes que expreban su cólera y su desprecio. Bien que esto lo sentia Cortés en el alma, creyó mas conveniente no insistir mas por aquella tarde, y se retiró á una isla cercana, adonde sacó á sus tropas, resuelto á efectuar al dia siguiente su desembarco en el continente.

Al rayar el dia, vieron los españoles que las orillas del rio estaban cubiertas de hileras de soldados en mucho mayor número que la tarde precedente; mientras que á lo largo de la playa había canoas llenas de guerreros armados. Cortés comenzó á hacer sus preparativos para el ataque. Primeramente mandó un destacamento de cien hombres á las órdenes de Alonso de Avila, para que entrando por un punto que estaba á la bajada del rio, y protegido por

una espesa alameda de palmeros, tomase un camino que al parecer conducía directamente á la ciudad de Tabasco, dando órdenes á aquel oficial de que atacase al punto la plaza, mientras él la atacaba de frente.¹

Entonces embarcó sus tropas y atravesó el río á la vista del enemigo; pero antes de comenzar las hostilidades quiso para obrar en justicia y en cumplimiento de las órdenes del Real Consejo, hacer saber á los enemigos, mediante el intérprete, que lo único que solicitaba era el paso libre para sus tropas y que reviviesen las relaciones amistosas que al principio habian existido entre sus compatriotas y los naturales de aquellas tierras.² Aseguróles además que si se derramaba sangre, la culpa seria de ellos: que por último, la resistencia era completamente inútil, pues que estaba resuelto á pernoctar á todo trance aquella noche en la ciudad de Tabasco. A esta intimación, escrita en tono arrogante é imponente y autorizada por el escribano público, contestaron los indios (que de diez palabras de ella,

1 Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 31. Carta de Veracruz, MS. Gomara, Crónica, cap. 18. Las-Casas, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 118. Martir de Insulis, pág. 348.

Hay algunas discrepancias entre las noticias de Bernal Diaz y las de los que escribieron la Carta de Veracruz, habiendo sido uno y otros testigos presenciales de los sucesos.

2 Carta de Veracruz MS. Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 31.

tal vez no habrian comprendido ni una) con sus gritos de guerra y con una lluvia de saetas.¹

Cortés despues de haber cumplido con todos los deberes de leal caballero y trasferido toda responsabilidad, sobre el Real Consejo, situó sus canoas al lado de las de los indios. Acometiéronse unos y otros con gran fiereza y en poco tiempo ya estaban dentro del agua que les daba hasta cerca de la cintura. El combate no fué largo aunque sí desesperado; mas los europeos prevalecieron y obligaron á sus enemigos al fin á retirarse á la tierra. Allí acudieron en su ayuda los otros indios, que descargaron sobre los invasores una lluvia de dardos, saetas y pedazos de madera. Las riberas eran deleznales y resbaladizas, de suerte que costaba gran trabajo á los españoles asentar el pié y caminar por sobre ellas. Cortés perdió un calzado en el lodo, pero no por eso cesó de

1 « Hé aquí, exclama el obispo de Chiapas con su acostumbrada causticidad, hé aquí la irracionalidad de este requerimiento, ó para hablar mas exactamente, la locura é insensibilidad del Real Consejo, que quiso buscar en la resistencia de los indios un pretexto para hacerles la guerra.» (Hist. de las Ind., MS. lib. 3, cap. 118.)

En otro lugar, lanza una amarga invectiva contra los que encubrian un ánimo hostil, bajo estas vanas fórmulas, cuya significacion y alcance era casi imposible que lo descubriesen los bárbaros. (Ibid., lib. 3, cap. 57.) La famosa fórmula usada por los conquistadores españoles en esta ocasion, fué redactada por el Dr. Palacios Rubio, hombre literato y miembro del Real Consejo. «Pero yo me rio de él y de sus letras,» exclama Oviedo, «si llegó á creer que los indios ignorantes habian de entender ni una palabra.» (Hist. de las Ind., MS., lib. 29, cap. 7.) Se puede ver la traduccion inglesa de este requerimiento, en las últimas páginas de la obra de Irving, titulada: «Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon.»

compartir, aunque descalzo y con gran riesgo para su persona, pues los indios no tardaron en descubrir que era el caudillo, y se decían unos á otros, "apunta al gefe."

Por último, consiguieron los españoles ganar la ribera y colocarse en algún orden que les permitiese disparar sus armas de fuego y sus ballestas. El enemigo, aterrado con el brillo y estruendo de las armas de fuego que todavía no conocía, huyó y se replegó tras un parapeto de madera que había en la mitad del camino. Los españoles, obstinados en perseguirle, pronto vencieron aquellos fuertes obstáculos y obligaron á los tabasqueños á tomar el camino de la ciudad y entrar en ella, donde había otra palizada.

Entretanto había llegado Avila por el punto opuesto; por manera que los indios sorprendidos súbitamente no pudieron resistir por mas tiempo y abandonaron la ciudad á los cristianos, habiendo antes sacado de ella sus familias y muebles. Algunas semillas cayeron en manos de los vencedores, pero poco oro, cosa que, como dice Las-Casas, no les causó mucha complacencia.¹ La ciudad era populosísima: las casas eran en su mayor parte de adobe. Sus edificios atestiguaban de por sí que pertenecían á una raza

¹ Halláronlas llenas de maíz é gallinas y otros bastimentos; oro ninguno, de lo que ellos no recibieron mucho placer. Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

mas culta que la de las islas, así como tambien su enérgica resistencia había probado que le aventajaban en valor.¹

Dueño Cortés de la ciudad, tomó formal posesion de ella á nombre de la corona de Castilla; dió tres tajos con su espada á una gran *ceiba* que había en la plaza, y proclamó solemnemente que tomaba posesion de la ciudad á nombre y en favor de los monarcas católicos, y que esto lo defendería y sostendría con espada y lanza ante quien quiera lo dudase. La misma jactanciosa declaracion hicieron los soldados, habiendo dado de todo esto debida fé y testimonio el notario público. Tal era la usanza sencilla pero caballeresca de los hidalgos españoles al tomar posesion de algun territorio en el Nuevo Mundo. Indudablemente con respecto á otro monarca extranjero, era un justo título el que adquirían de esta manera.

El capitán general hizo su cuartel aquella noche

¹ Pedro Martir ha dejado una brillante pintura de esta ciudad: Ad fluminis ripam protentum dicunt esse opidum, quantum non ausim dicere: mille quingentorum passuum ait Alaminus nauclerus et domerum quinque et viginti millium: stringunt alii, ingens tamen pátentur et celebre. Hortis intersecantur domus, quæ sunt egregie lapidibus et calcei fabrefacta, mixima industria et architectorum arte. (De insulis, pág. 349.) Con ese mismo espíritu de Inquisicion, que le es propio, refiere todos los pormenores que dieron el viejo piloto Alaminos y otros dos oficiales de Cortés, que volvieron á España en el curso de aquel mismo año. Tabasco estaba cerca de las arruinadas ciudades de Yucatan, que han prestado materia para tantas especulaciones en estos últimos tiempos. No son tan notables los encomios de Mártir, cuanto el silencio de otros escritores contemporáneos.

en el patio principal del templo mayor. Apostó sus centilas y tomó todas las precauciones que se estilan en la guerra con enemigos civilizados, y á fé que no fueron inútiles tales precauciones, pues aunque en el templo y cerca de él reinaba un silencio sospechoso, llegaron noticias de que se habia escapado el intérprete Melchorejo, dejando colgado de un árbol su trage de español. Cortés quedó muy disgustado de semejante suceso, pues que el fugitivo podia no solo informar á los enemigos del corto número de españoles, sino disipar todas las ilusiones que aquellos se hubiesen formado, respecto de la naturaleza extraordinaria de los recién venidos.

A la mañana siguiente, viendo Cortés que ningun enemigo se presentaba, mandó dos destacamentos, el uno á las órdenes de Alvarado y el otro á las de Francisco de Lujo, á que explorasen el terreno donde estaban. Este último oficial no habia andado ni una legua, cuando supo de los indios, por haberle atacado con tal ímpetu, que se vió obligado á replegarse á un edificio de piedra, donde le sitiaron estrechamente. Afortunadamente el rumor de los sitiadores, que segun la costumbre de las naciones salvajes, creian infundir terror con su grito feroz, llegó á los oidos de Alvarado y de su gente que acudieron al instante en ayuda de sus camaradas, de modo que les permitieron abrirse paso por entre los enemigos. Una y otra compañía iban en precipitada retirada,

hácia la ciudad, porque los indios les perseguian urgentemente, cuando salió Cortés á su socorro y obligó á los tabasqueños á retirarse.

Pocos prisioneros cayeron en esta escaramuza; pero ellos informaron á Cortés de que se habian realizado sus funestos temores. Todo el país se habia armado: un ejército de muchos millares de hombres que habian acudido de las provincias cercanas, estaba resuelto á dar un asalto general al dia siguiente. Habiéndose informado el general, de ¿por qué á él le habian recibido de una manera tan diversa que á su predecesor Grijalva? le contestaron los prisioneros: que los tabasqueños habian merecido por aquella conducta que las otras tribus le ofendiesen y le tratasen de traidores y de cobardes, de suerte que aquellos se habian visto obligados á ofrecer á estas que si volvian á venir los blancos, les resistirian de la misma suerte que lo habian hecho sus vecinos.¹

A Cortés comenzó entonces á pesarle de haberse atrevido á apartarse del objeto directo de su viaje, y de haberse comprometido en una guerra dudosa y que no podia producir ningun resultado ventajoso. Mas ya era tarde para el arrepentimiento: habia comenzado su camino y no le quedaba otro partido mas que proseguirlo: retirarse hubiera sido desani-

¹ Bernal Diaz, Hist. de la Cong. caps. 31, 32. Gomara, Crónica, cap. 18. Las-Casas, Hist. de las Ind. MS., lib. 3, caps. 118, 119. tilxlxochil, Hist. Chichi. MS. cap. 78, 79.

mar á su gente, enagenarse la confianza que como jefe le merecia, y aumentar la arrogancia de sus enemigos, la fama de cuyos triunfos le precederia y le causaria grandes apuros y descalabros. No vaciló, pues, en seguir adelante, pero convocó á todos sus oficiales y les manifestó su propósito de dar una batalla al dia siguiente.

Dejó en los buques á los que estaban inútiles por sus heridas, y al resto lo trajo al campamento. Sacó igualmente siete piezas de artillería de calibre, y todos los caballos. Los caballos estaban entumidos y torpes á causa de la larga inaccion en que habian estado durante la travesía, pero unas cuantas horas de ejercicio bastaron para que recobrasen su agilidad y fuerza. Confió el mando de la artillería (si así se le puede llamar, á un tal Mesa, hombre que en la guerra de Italia habia adquirido alguna práctica como ingeniero. La infantería la puso á las órdenes de Diego Ordaz, y se encargó él mismo de la caballería. A esta última pertenecian algunos de los mas valientes hidalgos como Alvarado, Velazquez de Leon, Avila, Puerto-Carrero, Olid y Montejo. Despues de hacer todos los preparativos necesarios y su plan de batalla, se retiró á descansar mas no á dormir. Su imaginacion ferviente estaba, como ya nos lo debe-

1. Segun Solís que cita la oracion pronunciada por Cortés en esta ocasion, convocó un consejo de oficiales para que le aconsejasen sobre el camino que debia abrazar. (Conq., cap. 19.) Puede ser que así sea; pero yo no he visto corroborado esto por ningun otro escritor.

mos suponer, llena de inquietud por lo que sucederia al dia siguiente en que se iba á decidir de la suerte de su expedicion. En aquella noche se le observó que hizo lo que acostumbraba en tales ocasiones, anduvo rondando los campamentos y visitando los centinelas, para cuidar de que nadie se durmiese en su puesto.

Al primer albor de la mañana, reunió á su gente y le declaró su intento de no aguardar á que el enemigo viniese otra vez á asaltarle en la ciudad, sino de marchar contra él al punto mismo. El sabia muy bien que la actividad excita los ánimos, y que el que ataca saca de su movilidad misma cierta confianza que no siente el que aunque impaciente espera pasivamente á ser atacado. Se supo que los indios estaban acampados en una llanura llamada Ceutla, á pocas millas de distancia de la ciudad. El general mandó que Ordaz marchase con la infantería y la artillería atravesando el país, y que les atacase de frente, mientras él describia una curva con la caballería y les iba á atacar de flanco ó por la retaguardia, cuando estuviesen los indios empeñados en el combate con Ordaz.

Completadas estas disposiciones, oyeron misa y salieron de la palizada de la ciudad de Tabasco. Era dia de la Encarnacion del Divino Verbo, 25 de Marzo, dia memorable en los anales de la Nueva-España. Los alrededores de la ciudad estaban plantados